



EL ECO DE CARTAGENA

BOCANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11224

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extran
ero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^a
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 5 DE ABRIL DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

TOMAMOS NOTA

El brillante resultado que ha obtenido Murcia con sus fiestas religiosas y profanas, ha sugerido aquí el deseo de confeccionar para el año venidero un programa que llame poderosamente la atención de los forasteros.

Tarde nos hemos convencido del interés que entrañan los festejos, para las poblaciones, cuando aquellos valen la pena de hacer un viaje á fin de verlos; pero más vale tarde que nunca y nunca es tarde si la dicha es buena.

Para nosotros lo ocurrido en Murcia no constituye una revelación; acostumbrados á leer diariamente la prensa de España, hemos aprendido que la gente va donde la llaman con distracciones y festejos. Por eso hace dos años hicimos la campaña del botijo y excitábamos á los que debían intervenir en el asunto para que se decidieran á hacer algo que lo hiciera venir.

Desgraciadamente nuestra voz se perdió en el vacío; nuestro entusiasmo no se propagó á nadie; nuestra propaganda no hizo prosélitos. Algunos nos llamaron visionarios; otros, más indulgentes, aplaudieron nuestra campaña, pero no pasaron de ahí. Y cuando alguien allegado á la empresa ferroviaria estuvo á visitarnos para saber si se contaba con elementos para hacer venir el tren botijo, no surgieron iniciativas ni hubo en nadie voluntad decidida de realizar semejante deseo.

A lo que nosotros no nos atrevimos hace dos años se han atrevido ahora los murcianos, y sus periódicos vienen pletricos de orgullo, satisfechos del papel que ha hecho la capital de la provincia ante los forasteros esta Semana Santa.

Es muy natural que así sea; la prensa murciana ha trabajado con ahinco. Justo es que esa prensa

gore de su triunfo, y más justo es aún que sienta las satisfacciones propias de quien, laborando generosamente en el negocio ajeno, lo ve realizado.

Por fortuna para la capital, la prensa no ha labrado en terreno eséril: al contrario, echada á volar la idea del botijo, encontró á todo el mundo dispuesto en pro de que se realizara y ni los particulares ni los gremios, rogáron el dinero necesario para el programa.

La prueba ha sido concluyente, y en vista de ello se han despertado ahora los entusiasmos en los tibios y se han dado á partido los incredulos. Y ya se habla con cierto calor de juntas magnas, de elementos valiosos que pueden coadyuvar al mejor lucimiento de las fiestas, de corridas de toros, de veladas marítimas y de otros festejos no menos importantes.

De aquí á Semana Santa queda un año, tiempo más que suficiente para preparar lo que se desee; hasta para olvidar lo que se piense ahora hay tiempo en ese plazo.

Por si acaso se olvida, tomamos nota para recordarlo en momento oportuno.

¡MUNDO MUNDO!

¡Qué pasada es de este mundo la carga ¡vágame el cielo! cuando ya uno se aproxima como yo, á los tres durejos...

Caminando casi á tientas por evitar un tropiezo; con la tristeza en el alma y la fatiga en el cuerpo, la espina dorsal doblada, siempre la vista en el suelo como si estuviera á medias con el firmamento.

Unos, al pasar me empujan, otros, me dan un rodeo, y nunca falta una hembra, que al ver mi infeliz aspecto, recogiendo la falda, no diga: pase el junerto.

Mas todo en el mundo acaba, nada en él subsiste eterno, no hay placer que no concluya ni dolor que no hallé término; todo llega al fin y al cabo, yo también *llegaré* presto, vamos andando otro poco, ya me falta corto trecho.

De esta suerte se quejaba un pobre diablo gallego que llevaba un mundo á cuestas de nueve arrobas de peso.

León Pagelliz.

DESDE LOS MADRILES

(De nuestro servicio especial)

Pasó la Semana Santa como pasa todo, exceptuando alguna que otra peseta, á la que le ocurre lo que á la moneda de dos duros de que habló Manuel del Palacio.

Durante la semana de Pasión, y especialmente jueves y viernes, hemos tenido ocasión de ver curiosísimos figurines.

Ha habido señor, que ha exhibido un sombrero de copa digno de figurar en la colección famosa de Mariano Fernández, y hemos visto por ahí sombreros «de aquellos que saludaron la llegada de Espartaco», y levitas de corte rápido y olivetes prehistóricos.

Los pollos, en plena primavera, radiante de sol y de color, han lucido sus talles rebultos á cuerpo gentil, y las niñas, llevando virosas la mantilla clásica, y los clavos dobles ó sencillos, también se han lucido, visitando los Sagrarios y pasando por la carrera que había llevado la procesión.

Por cierto que muchas de estas señoritas han ostentado unos dijes simbólicos hasta cierto punto, que prueban, si no precisamente las ganas de casarse, el deseo de ir á la moda.

Me refiero á los dijes con hojitas de trébol y á los relojes—¡oche V. jota!—también con trébol de la casa Coppel, la que ha regalado el reloj que hacía el número 50,000 de los vendidos en los doce años que cuenta de existencia, además de obsequiar con espléndido banquete al afortunado que pretendió

comprarlo, mi compañero Alonso Morales.

Esto demuestra que el género de maridos va como el aceite, poniéndose por las nubes, y que Coppel sabe lo que le conviene á nuestras concludadas.

El trébol se impone y el conocido relojero ha dado la hora con sus relojes.

También he visto mantillas tradicionales, de esas que se perpetúan á través de diez ó doce generaciones, y vestidos de seda de los precedentes de saldos

Este año, con dos días espléndidos el lujo se ha desbordado y nadie al transitar por las calles en tales solemnidades, hubiera podido addivinar que Madrid es un pueblo pobre, y sin embargo «no es todo oro lo que reluce», y á buen seguro que muchas elegantísimas señoras que por ahí han deslumbrado con sus encajes, habrán ido á ver á D. Judas, para decirle:

—Vengo á traerle á V. la mesa del comedor que para nada nos hace falta y que me dé V. en cambio la mantilla de blonda, porque quiero que mañana me vean las de Verdoncillo y rabien de envidia.

Aquí donde se empeñan los colchones para ver matar al *Guerrita*, es seguro que esta Semana Santa se han empeñado hasta los vistillos para sacar á relucir moños y trapos.

Pero el caso es, que el Madrid que se ha exhibido en las calles, ha sido injusto, aún más que otros años.

¡Quién dirá que aún no hemos podido liquidar sus pagas á los repatriados!

El calor aprista de veras, y no parece sino que la Naturaleza ha hecho estos días su Agosto.

Ya hay quienes han hipotecado la capa, y ciudadanos que andan por casa en paños menes.

Los proyectos para el verano principian ya á ser la pesadilla de muchos cabezas de familia y cabezas de burro.

—Es preciso—dice D.^a Filomena á su esposo—que este año nos llevos á Arochón.

—Eso sería enviaros al ostracismo, de ninguna manera.

—Pues es necesario que salgamos á alguna parte.

—Pues salís á la calle y dáis un pasito.

—Bueno, bueno; ya verás cómo cedés; hasta el mes de Mayo te espero aquí estamos en Abril.

—El mes de las lilas.
—Y si no vamos de verano, ¡ya verás! Per el pronto suprime el tabaco y café; ahorra y verás cómo pasamos una temporada.

Y el hombre tiene por último que levantar un empréstito que le levanta en villo todo el año.

La temporada taurina empieza á exacerbar los ánimos de los aficionados.

—Hay poderosos que no contentos con abonarse ellos han tomado hasta siete delanteros del 3 para su señora, la niñera, dos amas y tres niños todavía en la dentición.

—El pueblo de pan y toros renace cual nuevo Fénix de las cenizas del arte de Cúchares.

—Este arte que estaba perdido en la opinión siempre respetable de algunos cotóneos de Montes, de esos que piensan con Jorge Manrique que «cualquier tiempo pasado fué mejor» parece volver ahora, sino á las épocas de la competencia de «Frasuolo» y «Lagartijos», á las del «Espantero».

—En la calle de Sevilla se agitan y cabildan diestros, siniestros y maletas.

—Veremos lo que el tiempo dá de sí.

—Por lo pronto el abono ha sido más abundante que el del Real.

¿Se pondrá afónico Mazzantini?

El rey Oscar, *si sease* el monarca que ocupa el trono de Suecia, ha estado en San Sebastián y acudirá á Fuenterrabia para presenciar la lidia de los novillos de Beriana por los chicos del *Bernalillo*.

Dioses que esta es la primera fiesta taurina que presencie Su Magestad sueca.

Será curioso conocer sus impresiones personales acerca de las corridas de toros.

Suponiendo que el rey hable sinceramente y no se haga el sueco.

Candela.



Los regimientos de «Burgos» y del «Infante» en la batalla de Maypú.

5 de Abril

Cual si fuera lenitivo obligado para

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

11

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 10

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

7

—Os escuchó, dijo Pommeferre con vos apenas inteligible.

Ursula leyó lo siguiente:

«Mr. Horacio Prevoux de la Chaumiere:

«Estoy tan segura de lo que me estimais, que me atrevo á pedir un favor, sin temor de que me lo neguéis. Os vais á asombrar cuando os diga que al fin me he enamorado, y que solamente en vos consiste se satisfagan honestamente mis amores. Os ruego deis la licencia que necesita para casarse conmigo al mosquetero negro del rey de Francia, Antolin Pommeferre. Me apresuro á daros las gracias por ese favor que cuento de vos como recibida.—Vuestra humilde y afectuosa servidora, Ursula Quiñones.»

—¿Y he de llevar yo esa carta á mi amo? dijo Pommeferre.

—Indudablemente, á no ser que renunciéis á casaros conmigo.

—Podríanos casarnos sin ese requisito.

—Es que yo me caso sino con todos los requisitos necesarios.

Y Ursula cerraba aquella especie de carta de Uñas.

—Pero mi amo me va á rajar de Atochón bajo, señora: en primer lugar, ayer fui torpe y se me es-

—Cabalmente; y Mr. de la Chaumiere os ama, señora.

—Por lo mismo me complacerá.

—Mi capitán me romperá la cabeza.

—No, vuestro capitán osará, porque no puede menos de creerlo, al ver que yo le escribo acerca de este asunto, que mi casamiento con vos no es otra cosa que un medio para encubrir mis amores con él.

—¿Y ese es verdad, señora? dijo Pommeferre sofocado.

—No seáis imbécil, amigo mío: para eso me hubiera casado con mi maestro de gramática Marcos Calderón; pero, dejadme, dejadme escribir.

V

Ursula, que se había quitado el manto, fué á una papelera, la abrió, se sentó delante de ella, y se puso á escribir.

Entre tanto, guardaban silencio Carlota y Pommeferre.

Este estaba realmente preocupado. Un color se le iba, otro se le venía y sudaba.

Carlota se mostraba completamente impasible.

Ursula tardó cinco minutos en escribir la carta.

—Oid, dijo á Pommeferre, lo que digo á vuestro capitán.

La criada estaba sin duda prevenida, porque abrió la puerta é introdujo á Antolin en una alegre salita brillantemente amueblada.

Nadie había en la sala.

Poco despues de haber entrado en ella Pommeferre, se abrió una puerta vidriera, y adelantó una mujer, que apesar de sus cincuenta años, parecía aún hermosa, vestía como hubiera convenido á una dama, y con muy buenas maneras, lo que no desocho Antolin.

III

Era Carlota, la madre ignorada de Ursula, la amante del verdugo.

—Sentaos, dijo con afabilidad á Pommeferre, señalándole un canapé de caoba con forro de damaseo amarillo: sentaos y dejad el sombrero, porque estimándos tanto como os estima Ursula, y siendo yo tan su amiga, estáis en vuestra casa.

Antolin dejó el sombrero sobre un sillón.

—¿Con que decís, conestó turbado, que la señora Ursula me estima?

—He dicho poco, contestó Carlota: Ursula os ama: ¿cómo os habeis compuesto para que os amé en tan poco tiempo, ella, á quien nunca se le han conocido amores.